

Juan Carlos Tedesco: el legado de una metodología

Claudia M. Aberbuj. Programa de Mejoramiento de la Enseñanza, Universidad Nacional de General San Martín
caberbuj@gmail.com

Juan Carlos Tedesco fue un pedagogo brillante, que combinaba a la perfección lucidez y fineza intelectual, compromiso social, ético y político, con una gran honestidad, generosidad, coherencia y bondad personal. Maestro desde sus inicios y en su trabajo cotidiano, nunca olvidó que formar discípulos implicaba incluirlos en el hacer del oficio, enseñar paso a paso la tarea, alentarlos y reconocerlos. Su vocación formadora se desarrolló en todos sus ámbitos de inserción; compartió sus principios rectores y su reflexión cuidadosa, analítica y sistémica, así como su metodología de trabajo. Dejó un inmenso legado a través de su producción y labor, como también en todos los discípulos que formó. Su partida, a los 73 años y en plena tarea, representa sin duda una gran pérdida para el campo de la pedagogía y de la política educativa argentina, latinoamericana y mundial; así como una pérdida afectiva y cotidiana para todos aquellos que trabajaron y se formaron con él. Si bien ningún in memoriam podría hacerle justicia a su carácter y trayectoria, bien valen los esbozos que, sin intención de retratarlo, delinear algunas de sus características.

Juan Carlos estaba convencido que el vínculo entre educación y sociedad debe estar definido por un ideal de justicia, y que no existen posibilidades de inclusión social sin una educación de buena calidad. Con esta convicción, dedicó su vida a la docencia, a la investigación, a la gestión y a la política educativa, y supo combinar el espíritu curioso y riguroso de un gran intelectual con la responsabilidad social que requiere el ejercicio de la política. Entre otras funciones, dirigió la Oficina Regional de Educación para América Latina y el Caribe (OREALC/UNESCO Santiago) entre 1986 y 1992 y la Oficina Internacional de Educación (IBE) de la UNESCO en Ginebra, entre 1992 y 1998; luego, fue director regional del Instituto Internacional de Planeamiento de la Educación (IIPPE) de la UNESCO en Buenos Aires, entre 1998 y 2005. Fue Secretario de Educación de la República Argentina entre 2005 y 2007; Ministro de Educación de la República Argentina entre 2007 y 2009; y Director de la Unidad de Planeamiento

Estratégico y Evaluación de la Educación Argentina de la Presidencia de la Nación entre 2009 y 2010.

Sus últimos años los dedicó a la vida académica, dirigió el Doctorado Interuniversitario en Educación UNTREF-UNLA-UNSAM, dirigió el Programa TIC y Educación Básica de UNICEF/ARGENTINA, presidió el Consejo Asesor del Instituto Tecnológico Beltrán/UOM-Avellaneda y fue profesor e investigador de la Universidad Nacional de General San Martín, donde dirigió el Programa de Mejoramiento de la Enseñanza. Fue merecedor de dos Doctorados Honoris Causa en 2014 entregados por la Universidad de Girona (España) y por la Universidad Nacional de General San Martín (Argentina), del premio Konex de Platino en la disciplina Educación en 2016 y una distinción especial del Consejo Latinoamericano y Caribeño de Ciencias Sociales (CLACSO) “por su contribución a la construcción de un pensamiento pedagógico innovador y crítico, por su permanente defensa de la educación pública y por su lucha incansable para la construcción de una América Latina justa, democrática e igualitaria”.

Su vasta producción académica se vio materializada en libros, capítulos y artículos publicados en diversas revistas académicas y de divulgación, así como en informes técnicos, charlas, conferencias y artículos periodísticos. El alcance e impacto de su producción puede verse reflejado en la diversidad de interlocutores que interpeló: muchas de sus obras fueron traducidas a diversos idiomas y se han convertido en lectura básica, clásica y obligada de todo aquel que se socializa en temas pedagógicos.

Su producción, así como su trabajo, se caracterizaron por su perspectiva sistémica: pensaba los problemas pedagógicos de manera ampliada y en perspectiva. Tenía la capacidad y la pericia de transformar un problema puntual y coyuntural en una pregunta de indagación, ampliaba el foco y descentraba el caso concreto para construir un cuadro más vasto y de largo plazo. Sus investigaciones abordaban preguntas sociológicas y filosóficas sobre la educación, siempre historizadas, que interpelaban al presente, al pasado y al futuro.

Su estilo riguroso y reflexivo no se limitaba a su producción académica, Juan Carlos basaba sus prácticas de intervención en las mismas premisas: nunca quedarse en la anécdota ni dejarla pasar, sino alejar la lupa y analizar las situaciones en contexto. Su propuesta era “complejizar los problemas”, convirtiendo los sucesos particulares en el punto de partida de un análisis más amplio. Así, la coyuntura daba lugar a la investigación y la producción de conocimiento posibilitaba la intervención política. Del

mismo modo que sostenía la necesidad de producir conocimiento científico en educación, postulaba la relevancia de pasar a la acción, de tomar decisiones e intervenir.

La justicia social fue su gran preocupación teórica, pero también el motor de su trabajo. Lo preocupaba la incoherencia sistemática y extendida entre la adhesión retórica a grandes principios y valores, y las decisiones y prácticas personales. Lo inquietaba el desajuste entre las representaciones de lo justo y lo valioso para la humanidad y la orientación opuesta de las acciones cotidianas de los actores sociales. Por ello, Juan Carlos, guiaba sus decisiones y prácticas desde los principios y valores que consideraba deseables para la sociedad toda. El estilo de trabajo y de vínculos que establecía se basaban en esta coherencia con tal naturalidad que resultaba imperceptible para miradas no atentas.

En este sentido, Juan Carlos fundaba su práctica en el diálogo atento y reflexivo y en el respeto por el conocimiento de los distintos actores sociales. Él insistía en que los actores involucrados en las situaciones tienen conocimiento e hipótesis que movilizan en su accionar y guían su práctica, y que cualquier intervención tiene que partir de la comprensión de las lógicas de pensamiento de los otros y complementarse con análisis sistemático y riguroso. Adjudicaba gran valor a entender a los otros y por ello siempre ofrecía una escucha profunda, paciente y cálida. Así, buscaba comprender los problemas –teóricos, políticos, pedagógicos y didácticos- en profundidad, sin pre-juicios, con una mirada que trascendía indefectiblemente las “modas” pedagógicas y las respuestas acabadas y unívocas. Construía las estrategias colectivamente y como hipótesis de trabajo, todo tenía que ponerse a prueba y estudiarse. Creía que todo podía mejorarse y no escatimaba esfuerzo y trabajo. Confiaba en sus interlocutores, en sus intenciones y compromisos. Su labor –tanto sus clases, investigaciones y proyectos de trabajo, como las funciones en los altos cargos públicos que supo desempeñar- estuvo signada por la responsabilidad con la tarea y con sus destinatarios, y por su gran compromiso ético, social y político.

Finalmente, en esto consistía la “metodología” de trabajo que insistió en legar a sus equipos: el ampliar la mirada, salir de la coyuntura y pensar en los problemas en contexto, proveerles de historicidad y nutrirlos de diversas perspectivas; el análisis reflexivo, sistemático y científico; el posicionamiento y compromiso ético y político; la coherencia entre los principios generales y las prácticas cotidianas; el respeto y la valoración de las distintas perspectivas y personas; el reconocimiento del valor y del

conocimiento del otro; la escucha atenta, reflexiva y respetuosa; el liderazgo cálido, ameno y atento; el involucramiento y la pasión para abordar cualquier temática (desde política educativa hasta el último partido de Racing).

Su legado, que excede lo estrictamente teórico y metodológico, lo trasciende: sigue y seguirá vivo. Sus producciones y reflexiones pedagógicas penetraron hondamente en el sentido común pedagógico y forman parte del acervo básico de cualquier educador. En sus discípulos y en los miembros de los equipos que lideró su legado y estilo calaron profundo. Su fallecimiento es una significativa pérdida para la reflexión pedagógica y la política educativa; no obstante, seguirá siendo el interlocutor obligado y de lujo de todos los que piensen en el valor de la educación para la conformación de una sociedad más justa.